

2.º Apunte

Carlos Allen-Perkins.

EL DÓ DE PECHO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

original y en prosa.

Se estrenó con gran éxito

en el teatro **PRINCIPAL** de **MALAGA** la noche

del 4 de Enero de 1912.

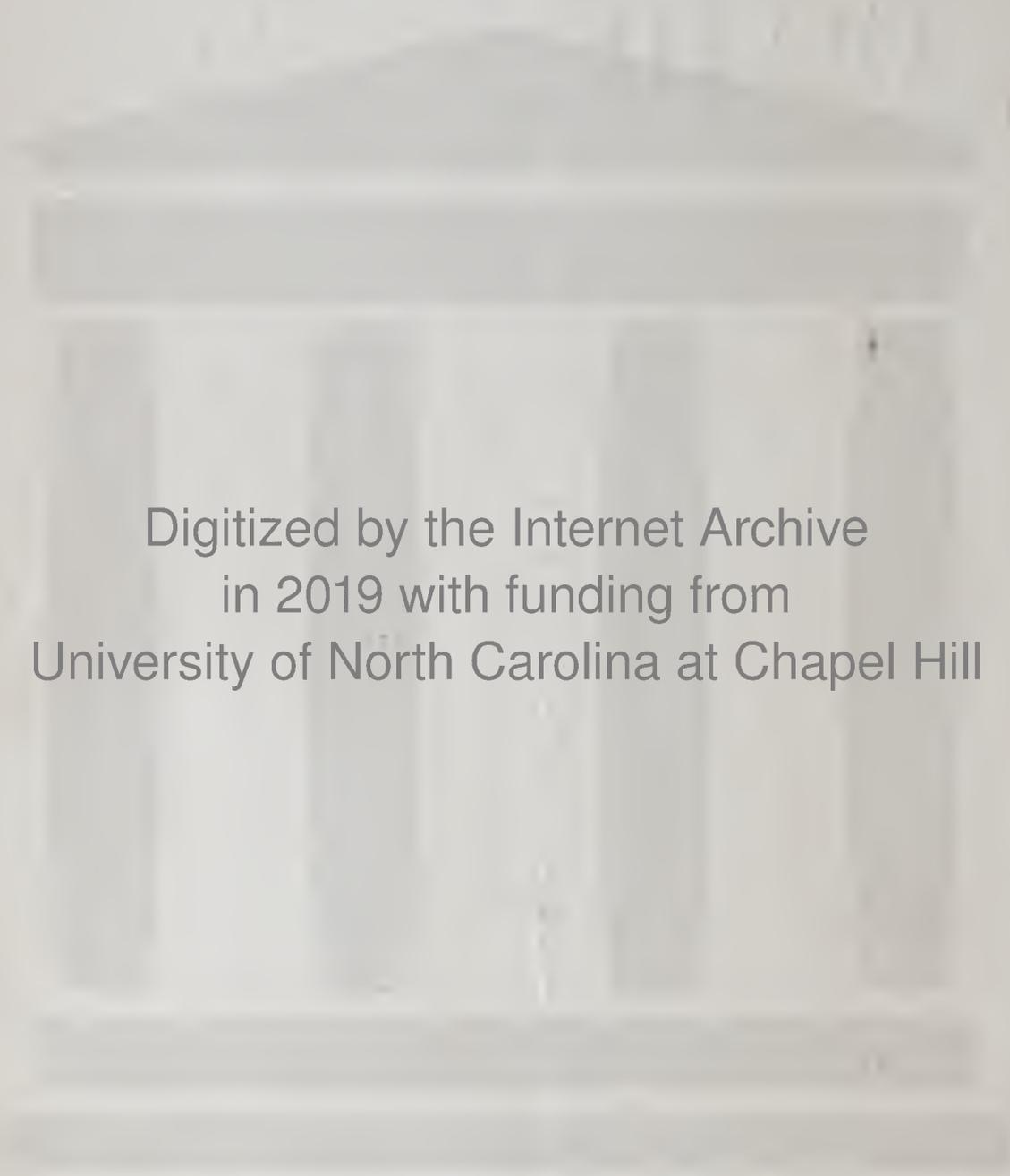
Copyright, by the authors, 1912.

MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1912



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

Carlos Allen-Perkins.

EL DÓ DE PECHO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

original y en prosa.

Se estrenó con gran éxito
en el teatro **PRINCIPAL de MALAGA** la noche
del 4 de Enero de 1912.

Copyright, by the authors, 1912

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

N.º de la procedencia

MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1912

721356

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
D.^a Escolástica	Sra. Garzón.
Conchita	Srta. Lombrera.
Manolini	Sr. Espantaleón.
Luis	» Peña.

NOTA Para mayor facilidad del actor que represente el personaje Manolini, se han escrito tal como deben pronunciarse las palabras en italiano que hay en el diálogo.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



adanya
matas

ACTO ÚNICO

Recibimiento modesto. Dos puertas á la derecha, dos á la izquierda y un balcón foro centro, con tiestos de flores. En escena una mesa-camilla con sus correspondientes faldas y unas sillas; en la pared unos retratos de músicos célebres.

ESCENA PRIMERA

CONCHITA, con una pequeña regadera en la mano, sale de la primera izquierda cantando, con música de *La alegre trompetería*: «Al acostarme y al levantarme lleno de agua la regadera, y despacito, muy despacito. . etc.» Se dirige al balcón, lo abre y mira á la calle. Después de convencerse de que nadie la observa, saca del bolsillo del delantal un teléfono de mano y deja caer á la calle una de las bocinas, aplicándose la otra al oído.

CONCH. (Hablando con alguien que se supone en la calle.)
Estás muy ronco... No te entiendo... ¡Ah, ya!... Yo también estoy muerta de sueño. Ayer cuando me retiré eran las cuatro .. Inconvenientes de vivir en un piso cuarto.. ¿Eh? No me extraña que te duela la nuez; á mí me duele la nuca... ¿Cómo?... Mamá, en el tocador; papá, en la calle... Mucho... ¡Con toda mi alma!... ¿Sí?... Yo que tú abordaría la cuestión hoy mismo... Eso de ti depende, si te decides á casarte... Yo ambiciosa no soy... Que me conformo con lo que tengas... ¿Y es inamovible?... ¿Cuánto te dan por ser corresponsal del periódico de Buenos Aires?... ¡Pues, ya ves! Con todo eso hay para vivir.

alaccer

~~Esc.~~ (Dentro.) ¡Conchita!
~~CONCH.~~ Mamá.
~~Esc.~~ (Dentro.) Deja de regar y cierra el balcón,
que hace frío.
~~CONCH.~~ (Por el teléfono.) ¡Suelta! Me está llamando
mi madre... ¡Que sueltes, hombre, que no
es broma!... ¡Y dale! (Oye venir á su madre.)
¡Anda con Dios!... ¡Mi madre que viene!...
¡Me ha visto!.. ¡Buena la hicimos! (Conchita
deja la bocina sobre la bandilla del balcón y se
dirige corriendo á la primera izquierda, cerrando
la puerta.)

la izquierda

ESCENA II

DOÑA ESCOLÁSTICA.—Sale de la primera derecha.

~~Esc.~~ ¡Conchita!...¡Conchita!... ¿Eh?... (Dirigiéndose
al balcón y reparando en el teléfono.) ¿Qué es
esto?.. ¿Qué significa?... ¡Un teléfono!...
(Mirando á la calle.) ¿Con quién hablaba?...
¿Será?.. (Aplicándose la bocina al oído.) A ver...
¡Cómo!... ¿Qué dice?... ¡Qué descarol!... ¡Un
beso como el de anoche!... ¿Con que un
beso?... ¡Ahora verás! (Aplicando la boca á la
bocina y dulcificando la voz) ¡Toma, monín!...
(Arroja con violencia á la calle la bocina, procu-
rando hacer blanco en el de abajo, y después de
observar el efecto de su puntería, se retira del bal-
cón satisfecha.) ¡Ajajá! ¡Debo haberle dado en
un colmillo! Y ahora procedamos al interro-
gatorio filial. (Llamando en la puerta primera
de la izquierda. ¡Conchita! ¡Hija mía! Surge
sin temor de tu escondite.

#

ESCENA III

la hija

DOÑA ESCOLÁSTICA y CONCHITA que, toda avergonzada,
sale primera izquierda.

~~CONCH.~~ ¡Mamá! (En actitud suplicante.)
~~Esc.~~ Laca tus labios y oye lo que á decirte voy.
~~CONCH.~~ Pero...
~~Esc.~~ ¡Basta! Sé que amas y sostienes relaciones

#

- en secreto con un hombre, al parecer joven.
- CONCH. Lo es.
- Esc. Menos mal Los hombres de la edad de tu padre son insoportables.
- CONCH. ¡Mamá!
- Esc. Como iba diciendo. Sé que tienes relaciones con un joven, cosa hasta cierto punto natural, y no he de regañarte por cosa tan baladí; pero lo que no puedo consentir, sin detrimento de nuestro buen nombre, es que mandes y recibas ósculos de amor por el ridículo aparato que acabo de arrojar contra tu novio.
- CONCH. ¡Pobre Luis!
- Esc. ¿Se llama Luis?
- CONCH. Luis Pero del Cerro. ¡De muy buena familia!
- Esc. ¿De qué vive?
- CONCH. La familia, no sé. El está empleado en el timbre, es corresponsal de *La Voz Argentina*, de Buenos Aires, y quiere casarse conmigo.
- Esc. No veo la consecuencia.
- CONCH. Yo tampoco; pero está dispuesto á hablar con papá y contigo.
- Esc. Menos mal, si viene con buen fin. Para una muchacha sin dote el matrimonio es el premio obeso de Navidad.
- CONCH. Por lo menos la aproximación.
- Esc. ¡Calla! Te prohibo que pongas coletilla á mis frases.
- CONCH. Pues sí... Está dispuesto á hablar con ustedes...
- Esc. ¡Bueno, bueno! De eso ya hablaremos más despacio. Tu padre está dado á Belcebú con la mala marcha de sus negocios, y no creo pertinaz el momento para abordarle.
- CONCH. Dime, mamá, ¿no ha vuelto á venir aquel muchacho baritono de Ciudad Real?
- Esc. Ni volverá. Tu padre, con sus exageraciones, los aburre. Además, se empeña en colocar su específico á todo el que viene á casa, y yo juraría: ¡Dios me perdone, que el tal específico es contraproducente!

- CONCH. Mal no puede hacer. Es agua y bicarbonato.
Esc. Lo que no impide que tu padre rotule pomposamente las botellas llamándolo «El tesoro de la voz», y cobre cinco pesetas.
- CONCH. Papá dice que heredó el secreto del célebre Tamagno, y que sus resultados son maravillosos.
Esc. ¡Bah! También habla de sus triunfos como cantante y jamás pasó de ser un mal corista.
- CONCH. ¡Mamá!
Esc. Como te lo cuento. Todo se le volvía escupir y hacer gárgaras.
- CONCH. ¡Pues si dice que su garganta ha sido un fenómeno!
Esc. ¡Ya lo creo! ¡Como que no era garganta! ¡Era una incubadora!
- CONCH. ¡Vamos, mamá! Pues él no habla así de ti.
Esc. ¡Es que yo he tenido una voz!... Si tú me hubieras visto en mi *pasata* juventud cantando en *Favorita* aquello de... (Cantando) «¡Oh mío Fernando!» (Le falta la voz. Conchita ríe al ver lo mal que lo hace su madre.) ¿De qué te ríes? ¿De que no me sale ahora?
- CONCH. No, si no te sale mal. Algo has perdido... pero aún conservas...
Esc. Nada. No me hago ilusiones. Estoy á la altura de tu padre. En fin, voy á la cocina á taponar unas cuantas botellas del específico. Tú no te estés mano sobre mano. Que no se note que estamos sin criada.
- CONCH. ¿Qué hay que hacer?
Esc. Ingéniate de modo que la pata dei piano quede firme.
- CONCH. ¿Se ha vuelto á salir?
Esc. Si, hija mía. Y á poco más me aplasta. ¡Ah! Llévate el tubo del sindeticón y pégale las narices á Wagner antes que venga tu padre.
- CONCH. ¿Se ha roto?
Esc. Si; allí lo tienes. Procura que quede bien. (Mutis primera derecha.)

Ozores
María

— 7 —

ESCENA IV

CONCHITA; á poco LUIS.—DOÑA ESCOLÁSTICA dentro.

CONCH. ¡Pobre Luis! ¿Se habrá ido? (Se dirige al balcón, abre y mira á la calle.) ¡Claro! ¡Se fué! (Vuelve á cerrar el balcón. En este momento suena el timbre.) ¡Mi padre! ¡Ya está aquí mi padre!

Esc. (Dentro.) ¡Abre, Conchita! Yo no puedo ahora.

CONCH. Ya voy, mamá. (Se dirige á la segunda derecha y figura abrir, entrando á continuación con Luis.) ¡Luis! ¿Tú? ¿Pero cómo te has atrevido á subir? ¿A qué vienes?

LUIS. ¿Que á qué vengo? Vengo á decirle á tu señora madre cuatro frescas. ¡Conmigo no se juega al pin pan pun!

CONCH. ¡Luis! ¿Qué dices? ¡No reparas...!

LUIS. Mirame las narices, ¿Qué ves?

CONCH. Que se te han hinchado.

LUIS. ¡Pues cuando á mí se me hinchan las narices no reparo en nada!

Esc. (Dentro.) ¿Quién es, Conchita?

CONCH. Nada, mamá. Un joven que pregunta por papá. (A Luis.) ¡Por Dios, vete antes que salga! Mi padre va á venir de un momento á otro, y...

LUIS. (Sentándose.) ¡Mejor! ¡Que venga! Con eso tendré el gusto de conocerle.

CONCH. (Medio llorosa.) ¡Bien, Luis! ¡Bien! ¡Y tú eres el que decía quererme tanto! ¡Buen modo de quererme!

LUIS. Y te quiero. Y serás mi mujer; pero no estoy dispuesto á consentir que tu madre actúe de suegra antes de tiempo.

CONCH. ¡Vete, por Dios, Luis! Mi padre está al llegar. Evítame un disgusto. Dame esta prueba de cariño.

LUIS. (Levantándose.) Bueno, me voy; pero desde ahora te advierto que tu madre jamás vivirá con nosotros.

- CONCH. Bueno, lo que quieras, pero vete. (Va a acompañarle hasta la puerta. En este momento vuelve á sonar el timbre.) ¡Lo ves! ¡Mi padre! ¡Me lo estaba temiendo!
- LUIS. ¿Y qué quieres que haga? Abordaré la cuestión de nuestro casamiento.
- CONCH. ¡No, por Dios! ¡Ahora no! Te expones á que te mande á paseo y niegue su consentimiento.
- LUIS. Pues, ¿qué hago?
- CONCH. Escóndete.
- LUIS. ¿Y dónde?
- CONCH. En la camilla. Yo procuraré alejar á mi padre.
- LUIS. ¡Demonio! ¿Tiene puesto el brasero?
- CONCH. No, aún no. (Vuelve á sonar el timbre.)
- ESC. (Dentro) ¡Conchita! ¿No oyes que llaman?
- CONCH. Voy, mamá. (A Luis.) ¡Pronto, escóndete!
- LUIS. Pero...
- CONCH. ¡Por mí; hazlo por mí!
- LUIS. Sea. (Se mete bajo la camilla y se tapa con las faldas.)
- CONCH. ¡Voy, voy! (Se dirige á la segunda izquierda.)

ESCENA V

MANOLINI, CONCHITA y LUIS: á poco DOÑA ESCOLÁSTICA;
MANOLINI entra alegremente, y con música que se aproxima á la de *Aida*, dice, quitándose el sombrero:

- MANOL. ¡Vinchitor!... ¡Ritorno Vinchitor! ¡Ritorno vin!... (Intenta inútilmente dar una nota aguda.) Aquí, aquí me la ganaba yo todas las noches. ¡Qué ovación! ¡Cómo filaba yo esta nota y cómo la ensanchaba! Anda, dile á tu madre que venga. (Pasea triunfalmante tarareando una marcha.)
- CONCH. ¿Vienes contento?
- MANOL. Contento es poco. ¡Radiante! (Vuelve á pasear.)
- CONCH. (Llamando por la primera derecha.) ¡Mamá!
- ESC. (Saliendo.) ¿Qué pasa? ¿A qué esos gritos desagradables?
- MANOL. *Moglie amata, oyi é il yorno piú felice di la nostra eccistenza accidentata.*

- ESC. Déjate de camelos y habla como las personas decentes. No hay nadie
- MANOL. ¡Camelis! ¡Oh carina! ¡Per pieta! Lá-chami...
- ESC. ¡Vaya! .. Me voy á la cocina si no te explicas.
- MANOL. (A Conchita.) ¿Lo ves? A mable como un cardo borriquieri.
- ESC. ¿Se puede saber qué quieres?
- MANOL. Comunicarte la más grata nueva que pudieron oír humanos oídos.
- ESC. ¿Qué es ello?
- MANOL. Sentémonos aquí al amor de la lumbre...
(Por la camilla)
- ESC. Aún no he puesto el brasero.
- MANOL. (Sentándose á la camilla.) Mal hecho. Los que vivimos á grandes alturas padecemos los grandes fríos, y nada mejor que los grandes braseros para evitar los grandes sabañones.
- ESC. (A Conchita.) Trae el brasero de la cocina. Ya debe estar.
- LUIS. (Sacando la cabeza por entre las faldas de la camilla.) ¡Zambomba! ¡Hasta ahí pueden llegar las bromas!
- CONCH. (Alto.) Me da el corazón que se ha apagado.
- ESC. Déjate de corazonadas y haz lo que se te dice
- CONCH. Voy, voy. (Mutis primera derecha.)
- MANOL. (Muy cariñoso.) ¡Ay, Escolástica, Escolástica, Escolástica!
- ESC. ¿Que te ocurre? (Se sienta á la camilla frente á su marido.)
- MANOL. Que cuando tengo una alegría como la que tengo ahora, parece que te quiero como en plena luna de miel
- ESC. Eso depende de lo que bebes.
- MANOL. ¡No, Escolastiquilla de mis entretelas! Es que te quiero. Dame un beso antes que venga la niña. ¡Anda!
- ESC. Déjate de tonterías, Manolo. Ya sabes que no tomo nada entre horas.
- MANOL. (Metiendo un brazo por debajo de las faldas de la camilla y dando un pellizco á lo desconocido.) ¡Ingrata! ¡Ingrata!

LUIS. (Sacando la cabeza.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué bárbaro!
¡Me ha hecho cisco!

MANOL. No mereces que se te quiera como te quie-
ro. (Dando una cariñosa patadita por debajo de la
camilla)

ESC. Estate quieto que viene la niña.

CONCH. (Que sale.) ¿No te lo decía? Medio apagado.

MANOL. Bueno. Siéntate y escuchad. (Conchita se sienta
á la camilla entre los dos.) En primer lugar:
¿Ha venido alguien preguntando por mí?

CONCH. Nadie.

ESC. ¿Cómo nadie, niña? ¿Y el recado que has
tomado hace un momento?

CONCH. ¡Ah, sí!.. Es verdad. Pues... Un joven...

MANOL. (Con alegría.) ¿Un joven? ¡El es! ¿Qué señas
tenía?

CONCH. Ni muy alto... ni muy bajo.

MANOL. ¡El es! ¿Qué más?

CONCH. Ni muy gordo... ni muy flaco.

MANOL. ¡El es! ¿Y qué ha dicho?

CONCH. Nada.

MANOL. ¡El mismo!

ESC. ¿No ha dicho nada?

CONCH. Nada de particular. Que á qué hora podía
ver á papá.

MANOL. ¡El es! ¡El es! No me cabe duda.

ESC. ¿Pero quién es él?

MANOL. Veréis. (Sacando unos papeles del bolsillo y le-
yendo uno de ellos.) Oid esta carta: «Amigo
mío: Me ha dado usted el timo del bicarbo-
nato...» ¡No es ésta!

ESC. ¿Qué carta es esa?

MANOL. Una del imbécil de Crespo, en que me de-
vuelve el específico. (Tomando otra carta.) A
ver, sí. Esta es. Oid. (Lee.) «Campanillas,
24 del corriente. Amigo Manolo: Voy á darle
á usted una gran alegría. Hoy sale para esa,
y llegará al mismo tiempo que mi carta, Sil-
vestre Vaz, hijo de don Julio.»

ESC. ¿Y quién es don Julio?

MANOL. El padre de Silvestre. El mayor contribu-
yente de la provincia de Málaga. ¡Casi na-
die!

- Esc. Sigue.
- MANOL. (Leyendo.) «El tal Silvestre tiene una voz sobrenatural. En las últimas elecciones dió un do de pecho y rompió una urna.»
- Esc. ¡Qué bárbaro!
- MANOL. (Sigue leyendo.) «Al enterarme que iba á Madrid á estudiar canto me acordé de usted y le di sus señas. Ha hecho muchas barbaridades con la voz; no tiene escuela ninguna, pero tiene, á más de una fortuna colosal, un verdadero filón en la garganta. No tenga escrúpulos en explotarlo, que hay donde sacar. Duro y á la .. garganta. Sabe le quiere su buen amigo de siempre, Eustaquio.» ¿Eh? ¿Qué tal?
- Esc. ¡De primera! ¿Y qué piensas hacer?
- MANOL. ¿Que qué pienso hacer? Retenerlo, sujetarlo por todos los medios. Ya comprenderéis que este pollino Silvestre que viene de Campanillas, es la salvación de nuestra casa.
- Esc. ¿Y cuál es tu plan?
- MANOL. ¿Mi plan? Hacer que se aloje en casa. Comprar un saldo de macarrones, servirle mi específico como agua de mesa y ponerle una cuenta monumental.
- Esc. Ten cuidado, Manolini, y no extremes la nota.
- MANOL. No temas. (Levantándose) ¡Ah! espero que ustedes me ayudarán. Tú, niña, es necesario que te atildes mucho. ¡Aquí de la coquetería femenina! Es preciso que lo cautives.
- CONCH. ¡Pero papá!...
- MANOL. No hay pero que valga. ¡Se trata de un tenor y de un tenor de campanillas! Hay que tirar la casa por la ventana. (Á doña Escolástica.) Tú, dame dinero
- Esc. ¿Dinero? ¿Para qué?
- MANOL. Voy á comprar en la tienda de abajo unos raviolis y una botella de vino de Chianti. Es preciso italianizarlo desde el primer día.
- Esc. Bueno, bueno. Tú sabrás lo que haces.
- (Hace mutis primera derecha.)
- MANOL. Y tú, Conchita, ya sabes lo que tienes que

alco...
billete 5 duros
por asero
en
as enas
#

hacer. La ocasión la pintan calva y un marido así sería el ideal.

CONCH.
MANOL.

¡Pero, papá!
Punto en boca. ¡Aquí se hace lo que yo mando y nada más! Es menester que te des cuenta de la situación ¡Nos ahogamos! Ese hombre es una tabla y es preciso agarrarse á él.

ESC.

(Con un brasero) Niña, ¿no decías que estaba apagado? (Mostrando el brasero, que viene hecho un ascua.)

CONCH.

Pues á mí... me pareció... Dame, yo lo pondré (Toma el brasero.) ¡Ay, San Lorenzo bendito!

ESC.

(A Manolini, entregándole un billete.) Toma los últimos cinco duros.

CONCH.

(A Luis, metiendo el brasero.) Ten valor. Es un momento En seguida saldrás.

LUIS.

¡Hecho un chicharrón! ¡Ya lo sé! ¡Uf!

MANOL.

(A Escolástica.) Nada de exageraciones. Para almorzar basta con los raviolis y un pollo asado.

LUIS.

(Sacando la cabeza) (Ese pollo soy yo.)

ESC.

¡Pero encarga que esté muy doradito!

LUIS.

(¡Dorado á fuego!)

MANOL.

En seguida subo (A Conchita.) Tú, niña, si viene ese joven no lo dejes marchar bajo ningún pretexto.

CONCH.

Está bien. (Manolini hace mutis segunda derecha)

ESC.

(A Conchita.) Ya lo has oído. (Hacen muti primera derecha)

ESCENA VI

CONCHITA y LUIS. Este último sale arrebatado.

LUIS.

¡Uf! ¡No puedo más! (Se sienta.)

CONCH.

¿Te has quemado?

LUIS.

No ¡Asado, asado nada más!

CONCH.

¡Pobrecito de mi alma! Anda, vete pronto. El aire de la calle te hará bien. Vete antes que vuelva á subir mi padre.

- LUIS. ¡Quiá! ¡No me voy! ¡No me puedo ir!
- CONCH. ¡Luis!
- LUIS. Ya comprenderás que después de haber oído los proyectos de tu padre, no me debo marchar, á menos de irme para no volver.
- CONCH. ¡Luis!
- LUIS. ¡Sí, Conchita! ¡Lo que oyes! Tu padre, salvo el respeto debido, es un *desahogadini piu fresco* que un ventilador.
- CONCH. (Con cuajo.) ¡Mira lo que dices, Luis! ¡Es mi padre!
- LUIS. A él me refiero.
- CONCH. El ignora nuestras relaciones, y si ha dicho algo referente á mí y á ese joven tenor, es mirando mi porvenir. ¡Todo buen padre debe asegurar el cocido de la hija!
- LUIS. ¡Pues elige!
- CONCH. ¿El qué?
- LUIS. Entre ese cocido ó este... asado.
- CONCH. ¿Y dudas? ¡Tú, antes que nadie!
- LUIS. Gracias. No esperaba menos de tu amor.

ESCENA VII

DICHOS, y DOÑA ESCOLÁSTICA primera derecha.

- Esc. ¿Con quién hablas? (Reparando en Luis.) ¡Caballero!
- LUIS. (Inclinándose.) Señora.
- Esc. ¿Tengo el honor de hablar con?..
- LUIS. Servidor de usted. Sí, señora.
- Esc. (No es tan Silvéstre como decían.)
- CONCH. ¡Ay, Dios mío!
- Esc. Sé que vino usted hace un rato
- LUIS. Sí, señora. Hace un rato que vine. Pero me marchó ahora mismo (Hace intención de marchar.)
- Esc. (Interponiéndose) ¡Oh, de ningún modo! Mi marido que no tardará en subir, tendría un enorme disgusto si supiera que usted no había querido esperarle. (A Conchita.) ¡Niña, ayúdame á convencer á este caballero!
- CONCH. Yo, mamá...

- LUIS. Es el caso...
- ESC. Nada, nada. Me opongo terminantemente á que usted se marche antes que venga Manolini. Usted no puede imaginarse el ansia que tiene por conocerle. Ya su fama ha llegado hasta nosotros.
- LUIS. ¿Mi fama?
- ESC. ¡Déjese usted de modestias! Sabemos lo que usted vale. Mi marido cifra en usted todas sus esperanzas.
- LUIS. ¡Por Dios, señora!
- ESC. No lo dude usted. Le prevengo que viene usted á una familia de virtuosos. Todos adoramos la música y todos cantamos algo. Mi marido, no está bien que yo lo diga, pero no hay dos como él. Yo, no está bien que yo lo diga, pero he tenido una voz... La niña aquí presente ya la oirá usted. Ahora, ¡claro! tiene un hilito, pero cuando ella suelte el chorro habrá que oirla.
- CONCH. Mamá ¡por Dios!
- ESC. Nada. Lo que le digo á usted.
- LUIS. Ya sé, ya sé...
- ESC. (Suena el timbre) ¡Ya está aquí! ¡Oh, qué alegría va á tener al verle!
- LUIS. ¿Usted cree?...
- ESC. No lo dude usted. (A Conchita.) ¿Pero no abres?
- CONCH. Yo.. (Sin moverse.)
- ESC. Vaya, iré yo. (Se dirige segunda derecha.)
- CONCH. ¡Ay, Dios mío! Yo no sé qué hacer.)
- LUIS. ¡Vaya! Hoy como raviolis.)

ESCENA VIII

CONCHITA, LUIS, DOÑA ESCOLÁSTICA y MANOLINI, con un paquete en una mano y una botella en la otra. Cruza algunas palabras con ESCOLÁSTICA.

- MANOL. (Desde la puerta.) ¡Eh! ¡Mio Dio! ¿Dobe? ¿Dobe si troba?
- ESC. (Señalan'lo á Luis.) ¡Ecolo!

- MANOL. (Emocionado y con los brazos abiertos.) *¡Per Baco! ¡Santa Madona! ¡Lagrìma cristi! ¡Viene al mio péto!* (Le abraza y le da un sonoro beso en la mejilla)
- LUIS. (¡Demonio!)
- MANOL. *¡Mio Dio! ¡Felichità dil chel!* (Intenta besarle de nuevo. Luis, al echar la cabeza hacia atrás, se da con la botella que Manolini conserva en la mano.)
- LUIS. *¡Carameli! ¡Que mamporri!*
- ESC. Caballero, no lo extrañe usted. Es costumbre italiana.
- LUIS. ¿Ah, sí?
- ESC. Las personas que se quieren, se besan. Cuando se odian, se muerden.
- LUIS. Vamos, que no se estan quietos
- MANOL. (Que ha ido á dejar la botella y el paquete sobre la mesa) *¡Me vieni cui! ¡Vieni cui! ¡Mio diletto! ¡Gran tenore!*
- ESC. Manolini, ten en cuenta que este señor no domina el italiano, y. .
- MANOL. Es verdad. ¡Perdón!... La costumbre... ¿Y, qué tal? ¿Qué tal?... Sentémonos. (Se sientan.)
¿Qué tal el viaje?
- LUIS. ¿El viaje? Así, así.
- MANOL. ¿Y la garganta? ¿Qué tal la garganta?
- LUIS. Como el viaje.
- MANOL. ¡Claro! ¡El dichoso carbón! ¿Le ha molestado mucho el carbón?
- LUIS. Mucho. Ha habido un momento en que creí que me ahogaba.
- MANOL. ¡Vaya por Dios! ¡Vaya por Dios! (A Conchita.)
¡Niña! ¡Conchita!
- CONCH. ¿Que quieres?
- MANOL. *Portami súbito una botiglia del tesoro de la voche, y una copa.*
- LUIS. ¿Qué es eso? (Conchita hace mutis)
- MANOL. Una cosa que no se paga con nada.
- LUIS. (Menos mal.)
- MANOL. ¡Es maravilloso! A todo el mundo le cobro á cinco pesetas botella; pero á usted, por ser usted, y en vista del gran consumo que va á tener que hacerme, se las pondré á cuatro noventa y cinco. (Dándole palmaditas en el hombro)

- LUIS. Gracias, muchas gracias.
MANOL. ¡De esto, ni media palabra á nadie!
LUIS. Seré mudo.
MANOL. Y ahora, á otra cosa.
LUIS. ¿A otro específico?
MANOL. No. Se trata de la vida que tiene usted que hacer entre nosotros. Porque usted se queda con nosotros. (A Escolástica.) ¿Verdad, Escolástica?
- ESC. Debe quedarse con nosotros
LUIS. (Y creo que me estoy quedando.)
MANOL. Le prevengo á usted que yo para mis alumnos soy muy duro; pero para usted...
- LUIS. Ya lo sé. Para mí, cuatro noventa y cinco.
MANOL. Me refiero al rigor. Soy inexorable.
LUIS. ¡Ah, ya!
MANOL. En esta casa, como usted verá, todo es música, todo lo hacemos con música. ¿Verdá, Escolástica?
- ESC. Verdá, Manolini.
LUIS. ¿Ah, sí?
MANOL. Yo me afeito cantando la marcha fúnebre de Chopin
- LUIS. ¿Y no se corta?
MANOL. ¿Cortarme? Al contrario. El ritmo facilita el afeitado. Verá usted. (Tarareando.) Tru, tu ru tu ru tu tu, ¡ris ras! Tru, tu ru tu ru tu tu, ¡ris ras! (Con la indicada marcha simula afeitarse. Cada ¡ris ras! es que pasa la navaja por la correa.)
- LUIS. ¡Notable! ¡De primera!
MANOL. ¡Ah! ¡Pues y mi mujer!
LUIS. ¿También se afeita?
ESC. ¡Caballero!
LUIS. ¡Perdón! He querido decir si también canta.
MANOL. ¿Que si canta? Hay que oirla. No entro una vez en la cocina que no la oiga cantar con música de la *Boheme*: (Cantando.) «Guiso sola, yo sola, en una blanca cacerola».
- LUIS. ¡Magnífico!
MANOL. Bueno, hay que advertir que la mayor parte de los días se le pega la comida. ¡Pero da gusto!

LUIS. Ya lo creo.
MANOL. Claro está que en todo esto hay algo de auto-sugestión. Yo, por ejemplo, no puedo mirar la ensalada sin acordarme de Verdi. Voy á acostarme, me fijo en la palmatoria, y pienso en Belini. Si pasa un fumista por la calle creo ver á Estaño, y si tomo un coche de alquiler acude á mi memoria la figura de la Penco.
LUIS. ¡Es admirable!

ESCENA IX

DICHOS y CONCHITA, saliendo con la botella y la copa.

CONCH. Aquí está la botella y la copa.
MANOL. Un instante. Deja la botella y la copa sobre la camilla y salid un momento. Necesito estar á solas con este caballero.
LUIS. ¿Para qué?
MANOL. Voy á proceder al reconocimiento. Es mi especialidad. (Doña Escolástica y Conchita hacen mutis primera derecha.)
LUIS. ¿Supongo que no me ira usted á desnudar?
MANOL. No: se trata de un reconocimiento de las cuerdas.

ESCENA X

LUIS y MANOLINI

(El primero permanece sentado. Manolini se cala los quevedos con toda solemnidad y se acerca á Luis.)

MANOL. (Echándole las manos al cuello.) ¡Aquí tenemos el aparato!
LUIS. (Dando un salto.) ¡Caracoles! ¿Qué aparato?
MANOL. El aparato bucal.
LUIS. (Volviéndose á sentar.) ¡Ah! ¡ya!
MANOL. (Tocando el cuello de Luis.) ¡Caramba! ¡Caramba! ¡Caramba!
LUIS. ¿Qué pasa?

- MANOL. Nada. Que está usted muy bien de cuerdas.
- LUIS. ¿Sí, eh?
- MANOL. Sí, señor. ¡Hay cuerda para rato!
- LUIS. Menos mal.
- MANOL. A ver la nuez. (Dándole con el dedo golpecitos en la nuez.) ¡Hombre! ¡hombre!
- LUIS. ¿Qué ocurre?
- MANGL. ¿Quiere usted que sea franco?
- LUIS. Sí, señor. ¿Qué?
- MANOL. Que no me gusta esta nuez.
- LUIS. Pues á otra.
- MANOL. (Vuelve á golpear la nuez con el dedo.) ¿Siente usted dolor cuando hago esto?
- LUIS. Dolor precisamente, no. Pero no me hace gracia.
- MANOL. Comprendido. ¿Y ahora qué siente usted?
- (Le toca suavemente con la yema del dedo.)
- LUIS. Cosquillas.
- MANOL. ¿Qué clase de cosquillas?
- LUIS. No sé. Como si se paseara por la nuez una mosca.
- MANOL. ¡Qué raro! ¡Nuez moscada! (Mostrando una gran preocupación.)
- LUIS. ¿Cómo?
- MANOL. Que este cartílago no corresponde á su voz.
- LUIS. ¿Es posible?
- MANOL. Sí, señor. No se alarme usted sin embargo. No es el primer caso en que con una pequeña nuez se emite gran sonido. Yo he conocido tenores que tenían una nuez diminuta y una voz potentísima. Usted es uno de estos casos en que es más...
- LUIS. El ruido que las nueces. Sí, señor.
- MANOL. Pasemos á otra cosa. ¿Cómo tiene usted los graves?
- LUIS. ¿Los graves? ¡Ah! ¡Pues nada! ¡Como si tal cosa!
- MANOL. ¿Cómo?
- LUIS. Ya están bien.
- MANOL. Le prevengo á usted; joven, que no porque se sea tenor hay que descuidar los graves.
- LUIS. ¿Ah, sí?

- MANOL. Según mis noticias, es usted lo que decimos un tenor macho.
- LUIS. Yo creo que sí.
- MANOL. Pues bien. El repertorio exige que se robustezca el centro y se ensanchen los agudos, sin abandonar los graves.
- LUIS. No los abandonaré.
- MANOL. De los agudos no hay que hablar.
- LUIS. Yo creo que no.
- MANOL. Sé que posee usted un almacén de dos de pecho.
- LUIS. No tanto, no tanto. Un... pequeño despacho.
- MANOL. Bueno, eso ya lo veremos. Ahora, joven, no hay tiempo que perder. ¡Lo primero es lo primero!
- LUIS. ¿Y qué es lo primero?
- MANOL. Cuidar esa garganta. Tome usted esa botella y esa copa y vaya usted á hacer gárgaras. Pase usted al salón mientras yo me ocupo de otros detalles referentes á usted. Cuando se le acabe esa botella pida usted otra, y no tenga usted reparo en tragar.
- LUIS. ¡Ah! ¿Pero hay que tragar?
- MANOL. Toda la que se pueda. Mi específico corrige todos esos pequeños defectos de que usted adolece. Ya verá usted cuando haya tomado unas docenas de botellas, cómo la nuez aumenta de volumen.
- LUIS. (¡Claro! ¡Se me va á hinchar con tanta agua!)
- MANOL. De la alimentación no hay que hablar.
- LUIS. ¡Ah! ¿no?
- MANOL. Será una alimentación sólida.
- LUIS. (Menos mal.)
- MANOL. Y ahora pase usted al salón del piano, y.. como si estuviera usted en su casa.
- LUIS. Gracias. Muy amable. (Entra segunda izquierda. Manolini cierra la puerta.)

ESCENA XI

MANOLINI, DOÑA ESCOLÁSTICA y CONCHITA.

MANOL. (Frotándose alegremente las manos.) ¡Bravo! ¡De primera! ¡Ya le tengo! (Por la primera derecha hace señas de que salgan á doña Escolástica y Conchita, y las abraza emocionadísimo.)

ESC. ¿Qué te pasa?

MANOL. ¿Te parece poco? ¡Ya le tenemos en casa! ¡Ya es nuestro!

ESC. ¿Habéis hablado de honorarios?

MANOL. No hace falta. Un tenor de su calibre no repara en gastos. ¿Qué son para él cinco ó seis duros por lección? Nada. Una porquería. ¿Qué es mi específico? ¡Otra porquería!

ESC. ¿Y está dispuesto...?

MANOL. A todo. (A Conchita) ¡Ah, niña! Ten cuidado cuando estemos en la mesa de comer lo menos posible.

ESC. Pues, ¿y eso?

MANOL. Es menester que no vea que tenemos hambre atrasada. (En este momento se oye un golpe formidable como de un pesado mueble que cae al suelo. A continuación un grito agudo, espeluznante.)

ESC. ¿Qué es eso?

CONCH. ¡El piano!

MANOL. ¡Qué bárbaro! ¡Qué do de pecho!

ESCENA XII

DICHOS y LUIS, que sale cojeando.

LUIS. ¡Ay! ¡Ay!

ESC. ¿Que le ha pasado á usted?

LUIS. ¡El pie! ¡El pie que me lo he hecho polvo!

MANOL. ¡Bravo! ¡Admirable! ¡Qué timbre! ¡Qué voz!

ESC. Pero, ¿cómo ha sido?

MANOL. ¡Como si lo viera! Ha dado un do y se ha caído el piano.

LUIS. No, señor. Se ha caído el piano y he puesto el grito en el cielo.

MANOL. Tómese usted una copa de mi específico
ESC. Pero siéntese usted. No esté usted de pie.

(Luis se sienta. En este momento suena el timbre.)

MANOL. Abre, Conchita. (Conchita va á la segunda derecha.)

ESC. ¡Qué agudos! ¡Cómo cantará el *Otelo!*

MANOL. ¡Verás cuando yo se lo ensaye! (A Conchita.)

¿Quién es?

CONCH. Un telegrama.

MANOL. ¿Has firmado?

CONCH. Sí.

ESCOL. ¿De quién será?

MANOL. De algún discípulo. (A Luis) Con permiso
ESC. Siempre estamos así. Telegramas de Milán, telegramas de Torino, telegramas de Roma...

MANOL. (Después de haber leído.) ¿Eh? (Leyendo.) «No esperes tener anunciado carta. Oficiodad amigos hicieronle embarcar rumbo á Italia.» ¡Raviolis! ¿Quién es este hombre? (Mirando furiosamente á Luis.)

ESC. ¿Qué te pasa?

MANOL. ¡Maledicione! ¡Que me la están dando con queso!

LUIS. (Llegó el momento.)

CONCH. (Poniéndose de rodillas y con acento suplicante) ¡Padre!

MANOL. (Con música de *Rigoletto* y muy rabioso.) ¡Mía figlia!

ESC. ¿Qué es lo que pasa aquí?

CONCH. Nos amamos

ESC. ¿Eh? ¿Cómo?

MANOL. ¡Santa Madona! ¡Lagrime cristi! ¡Vino de Chianti!

LUIS. Estoy dispuesto á casarme...

MANOL. ¡Nunca!

LUIS. (Poniéndose de rodillas.) Y á facilitarle á usted unos miles de pesetas para que pueda montar una buena Academia de canto.

MANOL. (Poniéndose también de rodillas) ¿Cómo?

LUIS. De canto.

MANOL. ¿De cuánto?

- LUIS. No, señor; de canto.
MANOL. Digo que de cuánto puede usted disponer.
LUIS. Unas quince mil pesetas. ¿Habrá bastante?
MANOL. (Levantándose) ¡Arriba todo el mundo! (Se levantan.)
Esc. ¿Pero, qué significa?...
MANOL. (A Escolástica.) ¡Calla! (A Luis.) Joven, ha entrado usted en esta casa con buen pie.
(Le da la mano.)
LUIS. Sí, señor. Pero voy á salir cojeando.
MANOL. ¿Cómo se llama usted?
LUIS. Luis Pero del Cerro
CONCH. Es de muy buena familia.
MANOL. ¡Ya lo creo! ¡Pero del Cerro!
LUIS. ¿Conoce usted á mi familia?
MANOL. Mucho. ¿De dónde son?
LUIS. De Ubeda.
MANOL. ¡Ah, sí! ¡Los Cerros de Ubeda! He oído hablar mucho de su familia
LUIS. Mi abuelo paterno era de Ronda
MANOL. Natural. Los Cerros de Ubeda. Los Peros de Ronda.
Esc. ¿Y das tu consentimiento?
MANOL. Lo doy. Pero...
CONCH. Pero, ¿qué?
MANOL. Pero del Cerro
LUIS. Servidor.
MANOL. (Aparte á Luis.) ¿Supongo que lo de las quince mil no será una chufía?
LUIS. Es un hecho.
MANOL. (A Conchita) Abraza á tu prometido.
CONCH. Ahora no.
MANOL. (A Luis.)
Y ahora, joven, desde aquí á la Vicaría derecho.
Allí podrá dar un sí á falta del do de pecho.

TELON

OBRAS DE CARLOS ALLEN-PERKINS

Ninón.—Comedia lírica en un acto, música del maestro Chapí. Estrenada en Madrid, Teatro de la Zarzuela.

El pipiolo.—Vaudeville en un acto, música del maestro Calleja. Madrid, Gran Teatro.

El fantasma de la gloria.—Drama en tres actos. Madrid, Teatro-Circo de Price.

La Española.—Opereta en un acto, música del maestro Calleja. Madrid, Teatro de la Zarzuela.

La mano negra.—Melodrama en tres actos y un epílogo. Madrid, Teatro de la Zarzuela.

Juerguecita.—Humorada en un acto. Málaga, Teatro Principal, y Madrid, Teatro de la Princesa.

La gran batuda.—Inocentada en un acto, maestros Cabas y Riera. Málaga.

El santo de Tejas.—Jornada cómica en un acto. Santiago de Chile, Teatro Municipal.

La bala perdía.—Zarzuela en un acto, maestro Cabas. Madrid, Teatro de Novedades.

El dó de pecho.—Juguete cómico en un acto. Málaga, Teatro Principal.

